

Lunes, 16 de marzo de 2026 | 15:16

ESG: El problema no es reportar, es poder probar

La próxima diferencia competitiva no estará en el discurso sostenible, sino en la capacidad real de ejecutarlo y defenderlo



Eduardo Sboccia

Abogado y asesor de empresas

Los resultados de la séptima versión del estudio ESG Investment Practices 2026 (SSINDEX & NUAM) vuelven a poner sobre la mesa una cuestión que en directorios y altas gerencias ya debería estar resuelta: ESG dejó de ser un atributo reputacional accesorio y pasó a convertirse en un estándar mínimo de seriedad empresarial.

En Chile, Colombia y Perú, los temas sociales y de gobernanza ya están instalados en la conversación corporativa. Ética, integridad, prevención de la corrupción, transparencia, gestión de riesgos, derechos laborales, salud y seguridad, protección de datos: todo eso forma parte del lenguaje habitual de las organizaciones. Ese avance es real y sería injusto desconocerlo.

Pero una cosa es que los temas estén instalados, y otra muy distinta es que estén bien gestionados. Ahí sigue estando la brecha. Hay empresas que han avanzado en estructura, comités, políticas y planes formales. Sin embargo, ese desarrollo sigue siendo desigual. En la práctica, conviven organizaciones que ya incorporaron estos asuntos a su lógica de decisión con otras que todavía los administran como un deber de reporte, una exigencia externa o una capa adicional de comunicación corporativa. Y el riesgo regulatorio, penal, reputacional y de negocio no distingue entre unas y otras.

El segundo problema es igual de relevante: persiste una distancia importante entre lo que muchas empresas informan y lo que los inversionistas realmente necesitan para evaluar. Todavía abunda la información dispersa, poco comparable, difícil de conectar con la marcha del negocio y, muchas veces, más narrativa que útil. Cuando eso ocurre, ESG pierde densidad como herramienta de gestión y empieza a debilitarse también como señal de confianza.

Eso no es un detalle técnico. Cuando la información no permite comparar, no tiene trazabilidad suficiente o no conversa con la materialidad financiera de la empresa, deja de fortalecer la confianza y empieza a producir el

efecto contrario. El directorio supervisa con visibilidad incompleta. La gerencia ejecuta con una bajada interna insuficiente. Los inversionistas reciben antecedentes difíciles de ponderar. Y, en escenarios de crisis, fiscalización o controversia pública, queda en evidencia que el mercado ya no se conforma con declaraciones: pide sustento, consistencia y sobretodo, pide prueba.

En ese contexto, IFRS S1 y S2 pueden representar una oportunidad importante, pero también una frustración adicional si se los aborda mal. Su valor está precisamente en empujar una divulgación más útil, comparable y conectada con la toma de decisiones. Pero su sola existencia no resuelve nada. Que estos estándares estén vigentes a nivel internacional no significa que las organizaciones estén preparadas para implementarlos con seriedad, ni menos que tengan hoy la capacidad interna para producir información robusta, articulada y defendible.

Y ese es, probablemente, el punto más delicado. La conversación sobre sostenibilidad ha madurado más rápido que las capacidades reales de muchas compañías para gestionarla bien. Falta coordinación entre áreas, faltan competencias técnicas, falta traducción hacia la operación y, sobre todo, falta gobernanza suficiente para convertir estos temas en decisiones empresariales consistentes y no solo en piezas de reporte.

Mi impresión es clara: el desafío ya no es adherir discursivamente a ESG. Esa etapa, en buena parte, ya pasó. El desafío real es convertir sostenibilidad, gobernanza y clima en capacidad efectiva de dirección, control, ejecución y anticipación. Quien no logre traducir estos conceptos en métricas defendibles, trazabilidad, coordinación interna y evidencia seria, va a terminar reportando más, pero entendiendo menos.

La próxima brecha competitiva no estará entre empresas que hablan y empresas que no hablan de ESG. Estará entre aquellas que pueden demostrar, con seriedad, cómo gobiernan, cómo priorizan, cómo ejecutan y cómo se anticipan, y aquellas que todavía confunden sostenibilidad con relato.